

TORRECILLA, Eduardo
Tel Aviv University

@ edtogi@hotmail.com

Nacionalismo, identidad y política: España y Catalunya desde la perspectiva de la rivalidad mimética

Nationalism, identity and politics: Spain and Catalonia
under the perspective of mimetic rivalry

El auge del nacionalismo en Catalunya es un ejemplo de lo que Girard entiende por rivalidad mimética. También de lo que Maalouf define como lucha de identidades, basada en estereotipos convertidos en convicciones profundas que llegan a hacer que la mayoría se sienta amenazada por la minoría, en palabras de Appadurai. El peligro de esta deriva ideológica no es sólo una eventual secesión política, sino también una escalada de tensión social que podría desembocar en episodios de violencia.^[1]

PALABRAS CLAVE: Girard, nacionalismo, identidad y política.

The height of nationalism in Catalonia is an example of Girard's mimetic rivalry. So is of what Maalouf defines as clash of identities, which is based on stereotypes turned into profound convictions that make the majority feel under threat by a minority, as put by Appadurai. The risk of this ideological drift is not only an eventual political secession, but also an escalation of social tension up to the point where cases of violence could burst.

KEY WORDS: Girard, nationalism, identity and politics.

La nacionalidad es una de las identidades más básicas de un ser humano y, quizá por ello, es altamente integradora. Sin embargo, también es excluyente, ya que la característica esencial del Estado moderno es un mantenimiento de la paz a nivel interno que hace coincidir la división *amigos-enemigos* con las fronteras del propio país.^[2] En ese sentido, el nacionalismo guarda relación con la búsqueda del chivo expiatorio, del *otro* al que derrotar dentro de la rivalidad mimética, definida por el antropólogo francés René Girard (1923-2015).

Los nacionalismos presentan un sentimiento excluyente hacia quien se considera enemigo, ya sea la nación que compite por la hegemonía con el *nosotros* (p. ej., Estados Unidos y la Unión Soviética durante la Guerra Fría) o, simplemente, el país vecino, como sucede en los movimientos independentistas. El auge del secesionismo en Catalunya en el último lustro, rematado con

la ruptura política entre el Gobierno central y el Govern catalán, la fallida DUI del Parlament y su inmediata disolución en octubre de 2017, puede ser explicado mediante la teoría de la rivalidad mimética y el mecanismo del chivo expiatorio. Ese es el objetivo de este artículo.

1. EL CONTAGIO MIMÉTICO Y EL CHIVO EXPIATORIO

Según Girard, el ser humano aprende por imitación, y la sucesión de imitaciones entre los individuos provoca el contagio mimético,^[3] es decir, el arrastre imitativo que da lugar a la creación del grupo, la masa. Por ello, la sociedad es un grupo que, a base de la imitación mutua de sus integrantes, adquiere con el tiempo una serie de identidades características (costumbres, religión, lengua, acento, modas...) que le confieren un aspecto bastante homogéneo. El ser humano tiene la necesidad de vivir dentro de un grupo porque este le ofrece aceptación, igualdad, seguridad y protección. Por ello, la masa crece de manera exponencial gracias a su poder de atracción: cuanto más se extiende por el contagio mimético, más crece su efecto protector y más rápido absorbe a los individuos. Sin embargo, la homogeneidad de masa causa que sus individuos pierdan originalidad e independencia en favor de protección.

Ya que el arrastre imitativo de la masa genera igualdad, pertenencia, protección y una especie de *conciencia única* (debido a la creencia de que lo que es bueno para uno es bueno para todos), quien por alguna razón queda fuera de la masa es fácil de identificar, porque carece de, al menos, alguna de las características que confieren homogeneidad al grupo. Así, quien sea distinto puede quedar marginado y desprotegido, ya que es fácilmente distinguible.

Cuando el sujeto aprende a partir de la imitación de su modelo, también aprende a desear los mismos objetos, por lo que ambos quedan abocados a convertirse en rivales. El sujeto «desea el objeto porque el propio rival lo desea»,^[4] aunque no es consciente de ello. El deseo por el mismo objeto genera la rivalidad, y el conflicto resultante puede desembocar en violencia. Cuando se extiende el contagio mimético, se extienden también los conflictos, y la escalada de violencia pone en peligro la supervivencia de la comunidad. Es por ello por lo que, según Girard, las sociedades primitivas aprendieron a canalizar la violencia contra un solo individuo, el chivo expiatorio, a quien el resto de la comunidad identifica como culpable.^[5]

La polarización contra el cabeza de turco se producía de manera inconsciente a la hora de identificar al responsable de los *males* que plagaban la comunidad. Al sacrificar al chivo expiatorio bajo la creencia de que este era el verdadero culpable, el apetito de violencia del grupo quedaba satisfecho y el orden se restablecía. Al comprobar que el proceso funcionaba como método de control de la violencia mimética dentro del grupo, el sacrificio se convirtió en ritual y se tornó sagrado.^[6]

Esta es la razón por la que una comunidad, sea del tipo que sea, es capaz de convencerse de que una minoría dentro de ella, incluso un solo individuo, es capaz de causarle los peores daños al grupo. Citando a Girard, «los miembros de una multitud siempre son perseguidores en potencia, pues sueñan con purgar a la comunidad de los elementos impuros que la corrompen».^[7] La escalada de violencia en la actual sociedad de consumo es difícil;^[8] para que esta se produzca, es necesario que haya surgido algún tipo de crisis o problema que conlleve la inestabilidad en el grupo. La persecución y la purga a las que se refiere Girard solo sucederán en un contexto en el que la comunidad haya visto amenazada su normalidad y, por ello, esté



dominada por el miedo y la necesidad de regresar a la estabilidad anterior.^[9] El ejemplo más manido, pero también el más claro, es el de Alemania a partir del *crack* de 1929: el número de votantes del NSDAP, hasta entonces irrisorio, creció exponencialmente hasta convertirlo en la fuerza más votada –casi doce millones de votos– a finales de 1932.^[10]

Un contexto de crisis conlleva la búsqueda de los responsables. No obstante, debido a la sensación de miedo que atenaza a la mayoría y a la premura por superar la crisis, es muy posible que no se escoja al culpable por motivos contrastados, sino por prejuicios o racionalismos más viscerales que racionales.^[11] Ya que las minorías y grupos marginales han sido identificados de antemano como diferentes o impuros, siempre tendrán más probabilidades de ser elegidos como culpables o *gafes*:^[12] negros en una comunidad de blancos, blancos en una comunidad de negros, extranjeros, judíos, gitanos, homosexuales, catalanes, *botiflers*...

Los estereotipos de las minorías son fundamentales al buscar un chivo expiatorio, ya que los hacen mucho más fáciles de separar de la masa. Así, se escoge de forma instintiva un responsable fácil de identificar por sus características distintas, y se le atribuye el origen de la crisis mediante argumentos erróneos pero efectivos basados en sus estereotipos.^[13] Es la *méconnaissance*, parafraseando a Girard: el malentendido, la acusación errónea que convierte a un individuo o una minoría en el chivo expiatorio.

El siguiente paso, por supuesto, es el sacrificio. Este paso es tan importante en la sociedad porque el chivo expiatorio representa la crisis, el caos, el gafe, todo el mal que atenta contra el orden que proporcionaba la felicidad y al que se quiere regresar. Según Girard, el chivo expiatorio tiene estas características: (a) es inocente, pero la masa cree que es culpable; (b) la masa se polariza contra él, y (c) dicha polarización tiene una finalidad colectiva, es decir, acabar con la crisis.^[14] Además, los miembros de la masa están convencidos de que el cabeza de turco es culpable, creen que la crisis se acabará cuando acaben con él y son incapaces de ver que están en un error. Si no, su sacrificio no tendría efecto y habría sido en vano, porque la comunidad solo busca volver a la estabilidad anterior y no volver a sentirse bajo amenaza, aunque sea de forma inconsciente.

Tras lo que hemos visto en párrafos anteriores, debemos recalcar una cuarta característica del chivo expiatorio: este debe ser diferente en algún modo a la mayoría, ya que es fundamental que la masa no se sienta identificada con él.^[15] La masa necesita sacrificar a alguien de características diferentes porque, si sacrifica a alguien que comparta los rasgos que cohesionan al grupo, no solo corre el riesgo de que la masa empatice con él –al identificarlo como uno de los suyos–, sino que envía un peligroso mensaje a todos sus miembros: es posible que tú seas el siguiente sacrificado. En este contexto, la sensación de protección y cohesión del grupo se perderá y, por ende, el sacrificio no tendrá efecto, la violencia entre los miembros no parará y la comunidad, sumida en una espiral vengativa, se autodestruirá.

Por todo ello, en un contexto de crisis (como la crisis económica que comenzó hace ya una década), una comunidad es muy vulnerable a cualquier mensaje que estimule sus emociones más viscerales. Son tantas las ganas de superar un momento de miedo, de inseguridad e incertidumbre, que la sociedad está dispuesta a creer al primero que le ofrezca soluciones sencillas y, más importante, inmediatas. Una vez se le señala el chivo expiatorio, la comunidad se deshace de él, y no se cuestiona la validez del sacrificio. El problema es que muchas veces quien ostenta el poder, o bien quien pretende ostentarlo, lanza a la masa contra un chivo expiatorio sirviendo únicamente a sus propios intereses de poder; él sabe que el



chivo expiatorio es inocente, pero la masa no. Esto ocurre con la propaganda de los partidos políticos,^[16] especialmente con los partidos nacionalistas.

2. NACIONALISMO: CREACIÓN DE UNA IDENTIDAD EXCLUYENTE

Toda comunidad se identifica en negativo con otra, normalmente vecina, a la que considera rival. Dado que la identidad propia tiene unas características bastante homogéneas, la otra identidad (es decir, *el otro*) posee al menos alguna característica distinta: es de otra raza, habla otra lengua, reza a otro dios... Defender la identidad ante el otro, el enemigo común, supone un gran factor de cohesión para una sociedad. Además, provoca que el individuo necesite sentirse aceptado por un grupo que le ofrezca protección y seguridad ante ese enemigo, y desde muy joven aprende a desconfiar de él y a temerlo.

Por tanto, la nación rival juega un papel clave en la construcción de la identidad nacional propia. Según Arjun Appadurai, «la creación de los otros como colectivo, o de un ellos, es un requisito que, mediante la dinámica de la construcción de estereotipos y del contraste de identidad, contribuye a colocar los límites y a demarcar la dinámica del *nosotros*».^[17] Es decir, el *nosotros* necesita que exista un *otro* para describirse y diferenciarse, para crear su identidad. A la hora de describirse, por tanto, el *nosotros* va a actuar como grupo y va a definirse de forma homogénea, lo cual puede resultar apropiado para describir a la comunidad entera, pero demasiado generalista a la hora de describir a cada miembro por separado. Por añadidura, el grupo usará sus características positivas a la hora de autodefinirse, ya que no podrá evitar describirse de manera subjetiva y, muy probablemente, tendenciosa. Es por eso por lo que los himnos nacionales suelen estar cargados de temas como la belleza de los paisajes del país o el coraje de sus gentes.

El mismo proceso, pero a la inversa, tiene lugar respecto al *otro*: sus estereotipos se exaltan para describirlo nuevamente de forma generalista y tendenciosa, pero en sentido negativo. Si pensamos en cualquiera de las identidades a las que no pertenecemos, raro es el estereotipo que resalte una característica positiva de ellas: «los catalanes son unos tacaños», «Espanya ens roba», etc. Las personas pertenecientes al grupo identificado como *el otro* quedan englobadas bajo estos estereotipos, que llegan a convertirse en convicciones profundas.^[18] Además, *el otro* no está presente para defenderse o, como mucho, está representado en minoría, algo muy conveniente a la hora de usarlo como cabeza de turco. Es en este contexto que todo nacionalismo se ha forjado en contraposición a una nación rival a la que considera enemiga, invasora u opresora, según convenga.

Como es bien sabido, los nacionalismos se desarrollaron a partir del siglo XIX, al calor de la independencia de Estados Unidos y la Revolución francesa. Algunos de estos procesos nacionalistas fueron aglutinadores y englobaron a todos aquellos reinos o regiones que compartían lengua o cultura; Italia y Alemania son los grandes exponentes de este tipo de nacionalismo. Sin embargo, la mayoría de los nacionalismos se desarrolló en un contexto inverso, como parte de un movimiento independentista: Bélgica, Grecia o Irlanda son los ejemplos más famosos, sin olvidar a las naciones latinoamericanas que se independizaron de España.

Ya fuera aglutinador o independentista, el nacionalismo se basó desde un principio en exaltar las características propias como rasgos diferenciales, especialmente, por supuesto,



de las naciones más cercanas. Dicha exaltación ayudó a cohesionar a su comunidad al proporcionarle una identidad definida (mediante la simbología categorizada como *nacional*) y otorgarle una sensación de seguridad (frente a los males causados por *el otro*, la nación rival). Mediante la simbología, el nacionalismo asegura rescatar unos valores tradicionales de la cultura autóctona para legitimar dicho sentimiento de pertenencia y otorgarle un valor histórico.^[19] Símbolos por excelencia del nacionalismo son la bandera, el himno, la lengua, la religión, los héroes legendarios, etc., que la propaganda nacionalista ha politizado hasta dotarlos de un carácter sagrado. Ante ello, Karl Deutsch opina que una nación es «un grupo de personas unidas por un error compartido sobre su ascendencia y un desagrado compartido hacia sus vecinos».^[20] El *error compartido* se refiere a que muchas de las leyendas nacionales, por no decir todas, tienen un valor histórico discutible o son simplemente falsas.^[21]

Según Amin Maalouf, libanés de nacimiento y francés de adopción, el carácter de un individuo está formado por una serie de diversas identidades: nacionalidad, religión, raza, lengua, etc. La suma de sus identidades forma un todo que lo hace único, pero ese individuo comparte cada una de sus pertenencias por separado con miles o millones de personas.^[22] Dentro de dichas pertenencias, la identidad nacional es una de las más simples: engloba a ciudadanos de todas las clases que hayan nacido en el mismo país, lo cual es positivo porque incentiva a ciudadanos de condición social muy distinta a convivir, a crear un proyecto en común. Sin embargo, como todas las identidades, su carácter integrador tiene también un componente excluyente: sus ciudadanos se diferencian de otros que han nacido en otro país, a pesar de que compartan, por ejemplo, una misma religión o una misma lengua.

En cambio, los rasgos distintos a los de la identidad nacional adquieren importancia durante un proceso independentista, ya que son utilizados como hechos diferenciales por el grupo que quiere separarse y formar una nueva nación. La razón es la misma que se dio en el proceso de formación del primer sentimiento nacional: la creación de esa nueva identidad depende de una autodefinición, que ha de explotar al máximo una serie de rasgos que la distinguan claramente (a simple vista, si es posible) de la identidad original. Esta serie de rasgos suelen ser componentes tan variopintos como los étnico-religiosos (p. ej., Yugoslavia) o los lingüísticos (Québec, Euskadi, Catalunya). Explotar estas características como símbolos de orgullo patrio tiene el objetivo de lograr la máxima diferenciación posible con respecto a la identidad original. Por tanto, el independentismo necesita cualquier rasgo que lo distinga de la identidad nacional mayoritaria, *el otro*, tras siglos de convivencia e imitación mutua.

En este caso, conviene preguntarse cómo es posible que la identidad nacional mayoritaria sea precisamente la que es usada como chivo expiatorio. La explicación es que el brote del nacionalismo independentista no se produce en todo el territorio nacional, sino exclusivamente en una parte concreta: una región con unas características étnicas, lingüísticas, culturales o históricas particulares que (a) la distinguen de la identidad nacional mayoritaria; (b) probablemente la han hecho objeto de estereotipos o incluso convertido en chivo expiatorio por parte del resto de la nación con anterioridad, y (c) a nivel local sí son compartidas por una mayoría de los habitantes. Es decir, dentro del territorio donde surge el nacionalismo independentista se da la paradoja de que las personas que comparten las características de la identidad nacional mayoritaria están en minoría. Y, como minoría que son, pueden llegar a convertirse en chivos expiatorios.



3. ESPAÑA CONTRA CATALUNYA, CATALUÑA CONTRA ESPAÑA

Al igual que hemos visto dos tipos de identidad nacionalista (aglutinadora o independentista), podemos distinguir dos tipos de propaganda política nacionalista, que son las que protagonizan el conflicto de identidades que ha surgido tanto en Catalunya como en el resto de España.

3.1. Dobles miméticos

El primer tipo de propaganda nacionalista es el que exalta el de la nación ya existente (en este caso, España): es un tipo de nacionalismo que recurre a todo tipo de simbologías y mitos históricos para engrandecer la imagen del país. El objetivo es llegar al poder o mantenerse en él mediante un recurso bastante manido pero efectivo: esta siempre fue una gran nación, y debe volver a serlo (p. ej., el eslogan «Make America great again» de Donald Trump en 2016). El atractivo de esta estrategia es sencillo: a todo individuo le gusta que le digan que el grupo al que pertenece es el mejor.

El segundo tipo de nacionalismo es el separatista, que aboga por la independencia de una región de un país ya existente. Su propaganda, también cargada del ensalzamiento de la simbología propia, se basará en la fijación constante de la nación a la que pertenecen como culpable de todos los problemas, con el objetivo de convencer al electorado de que es insostenible continuar perteneciendo a dicha nación y de que un futuro ilusionante y carente de problemas comenzará en cuanto declaren la independencia y se conviertan en un nuevo país. El atractivo de esta propaganda radica en que se presenta al *otro* como poderoso opresor, con lo cual la comunidad es representada como una víctima ante él.

Obviamente, este último es el caso del independentismo catalán.^[23] Por otro lado, nadie ha apostado con tanta decisión como el PP por la propaganda nacionalista española, desprestigiada por su excesivo uso por parte del régimen franquista y casi instintivamente vinculada a él desde entonces. En cambio, los símbolos de los nacionalismos subestatales se han cargado de legitimidad por oposición a la simbología nacionalista española,^[24] en una especie de *efecto rebote* que supone un claro ejemplo de mimetismo. Al legitimarse por oposición a la dictadura, los independentismos se aseguraron también el epíteto de *demócratas*; Storm destaca cómo el discurso público en Catalunya suele identificar a Catalunya y España como dos identidades separadas, mientras la primera suele ser presentada como más democrática, progresista y abierta.^[25] Siguiendo la lógica, quien no apoye el independentismo corre el riesgo de ser tachado de *antidemócrata*.

Tanto el nacionalismo español como el independentismo catalán comparten características generales de todos los nacionalismos, tales como el recurso de la *ancestralidad* o una autoctonía e identidad diferenciadas.^[26] A pesar de que ya no resulta creíble un discurso de *nación elegida*, la historia de cada país se sigue contando en términos subjetivos que deforman sucesos históricos para otorgarles un carácter legendario, innovador o pionero. De este modo, en busca de unas raíces ancestrales se ha *españolizado* a personajes que nada tuvieron que ver con la España que hoy conocemos: Viriato, don Pelayo, el Cid o los Reyes Católicos han sido convertidos en símbolos al nivel de la propia bandera. También se ha magnifi-



cado el avance de los reinos cristianos (que no España) ante la descomposición del califato omeya de Córdoba, y un conflicto internacional entre Francia e Inglaterra librado en suelo español se ha relatado en términos de *guerra de independencia o liberación española*.^[27]

Del mismo modo, es bien sabido que la toma de Barcelona en 1714, que hoy se utiliza como argumento de *invasión* española en Catalunya, no perteneció a una guerra entre españoles y catalanes, sino que fue un nuevo conflicto internacional entre dos bloques encabezados por las casas reales de Austria (Habsburgo) y Francia (Borbón), y los apoyos locales a una u otra casa real estuvieron divididos tanto en Catalunya como en el resto de España.^[28] Asimismo, la interpretación de los sucesos del Corpus de Sangre de 1640 (que relata el *Cant dels segadors*, himno catalán) como una opresión de España contra Catalunya supone también un anacronismo.^[29] De hecho, la sublevación motivó la decisión de Catalunya de pasar a formar parte de la Francia de Luis XIII, aunque el descontento popular hacia la ocupación francesa provocó que el condado, sin el Rosellón, volviera a reconocer la soberanía de Felipe IV (1652). Esta pasajera escisión, que debería suponer un precedente bastante claro para analizar por el separatismo y que sucedió casi setenta y cinco años antes de 1714, es omitida por el independentismo catalán hoy en día.

Como rivales miméticos que son, muchas de las características de ambos tipos de nacionalismos coinciden, ya que la imitación entre ellos ha sido la base de su desarrollo. Una de dichas características es la incapacidad de detectar o reconocer el nacionalismo propio, aunque el individuo sí es capaz de percibir el ajeno;^[30] esto concuerda con el proceso mediante el cual el individuo es incapaz de detectar que, en un caso extremo de violencia, fue él quien *tiró la primera piedra*: siempre asegurará que actuó en defensa propia al sentirse atacado.^[31] Del mismo modo, la propaganda de ambos nacionalismos ensalza las virtudes de la comunidad que los escucha en oposición a otra u otras, con lo cual su discurso ejerce un efecto de refuerzo: reafirma a los miembros del grupo en su inocencia y los inhibe de cualquier tipo de duda o autocrítica.^[32] Esto hace que sea más atractivo para el individuo escuchar a quien dice que su país es una gran nación antes que a quien dice que su país tiene cosas que mejorar.

3.2. *Mistificación de la simbología*

En el caso del independentismo, la conversión en *dobles miméticos* tiene como resultado un intento permanente de diferenciación por parte de los dos nacionalismos.^[33] La convivencia y el arrastre mimético han creado dos sociedades tan similares que ambos nacionalismos deben basarse en la explotación de sus símbolos diferenciales (lengua, himno, bandera...) para poder distinguir a la otra identidad como *el otro*. Estos símbolos diferenciales adquieren así un valor sagrado, pero, analizados desde un punto de vista objetivo, no suponen más que diferencias ilusorias.^[34] En contraste con los símbolos españoles, la lengua catalana es uno de los grandes elementos diferenciadores del catalanismo,^[35] y el uso de la *senyera* es visto como una demostración de orgullo patriótico.^[36] Como contrapartida, el nacionalismo español, de corte centralista, no acepta el desarrollo de las identidades y lenguas regionales.^[37]

Mientras hoy la exhibición de *esteladas* prolifera, los partidos no separatistas explotan el nacionalismo español como contrapunto al independentismo local. Como resultado, el *españolismo* también se ha hinchado en clara afirmación de identidad^[38] como respuesta mimética



al soberanismo catalán, que, según ellos, los *ataca*. De ahí que a un independentista le resulte inaceptable equiparar la *estelada* a la bandera española y que un nacionalista español recele de todo compatriota que enarbole una bandera de su región en vez de la española.

Dado el carácter sagrado que los símbolos nacionales adquieren para las comunidades que representan, el hecho de que unos y otros hagan actos públicos de desprecio hacia dichos símbolos, que ahora se convierten en actos de afirmación de la identidad propia, conlleva una carga emocional intensa que ayuda a hinchar las dos identidades y el conflicto mimético entre ellas. Resulta inevitable mencionar un ejemplo muy mediático: los silbidos contra el himno español mientras suena por megafonía antes de un partido de fútbol del FC Barcelona. La intensa atención mediática que los silbidos generan entre protestantes y ofendidos llega a eclipsar al propio encuentro.

4. HINCHAMIENTO DE IDENTIDADES Y ESCALADA DE LA RIVALIDAD MIMÉTICA

En el caso de Catalunya y España, ambos nacionalismos experimentan un *hinchamiento* que coincide con el proceso en el cual, según Maalouf, una de las identidades del individuo adquiere mayor preponderancia «hasta ocultar a todas las demás y confundirse con su identidad entera».^[39] Estas dos identidades se sienten atacadas por la otra, con lo cual el hinchamiento en ambos nacionalismos se halla en pleno proceso de retroalimentación. Esta exaltación se corresponde con la sucesión de imitaciones mutuas entre los dos rivales, que degenera en la conversión de *dobles miméticos* descrita por Girard: las diferencias entre uno y otro desaparecen a base de imitarse mutuamente, mientras la tensión sigue escalando hasta el punto de que ambos sujetos están más preocupados por derrotar al otro que por conseguir el objeto de deseo, que se acaba tornando irrelevante.^[40]

4.1. La *carta de la identidad*: riesgo de cosificación de la minoría

El populismo nacionalista no crea a un chivo expiatorio de la nada, sino que exprime los estereotipos de un grupo ya estigmatizado anteriormente por la mayoría (en el caso que nos ocupa, recordemos que las minorías serían tanto el catalán en territorio español como el español en territorio catalán). El político populista busca dentro de su sociedad qué es lo que hay que le pueda servir: analiza al electorado y sus miedos, identifica a las identidades discriminadas y, así, modela su discurso para responsabilizarlas de los problemas y ganarse la atención de la masa. Esta *méconnaissance* es lo que el nacionalismo aprovecha para dirigir la atención del electorado hacia el chivo expiatorio.

Esto concuerda con la explotación de emociones, como el entusiasmo y el miedo, que los partidos políticos suelen hacer en campaña electoral, ya que las emociones pueden influir más en el votante que lo que en realidad sabe de política.^[41] Si la simbología ayuda a avivar el sentimiento de pertenencia a la identidad y el patriotismo (entusiasmo), usar al *otro* como chivo expiatorio ayuda a alimentar su imagen de amenaza hacia la mayoría (miedo). Durante la última década, los Gobiernos estatal (PP) y catalán (CiU, Junts Pel Sí, JxCat) han utilizado la *carta de la identidad* para desviar la atención del electorado, concedores de que los estigmas de espa-



ñosles y catalanes ejercerían un efecto electoral atenuante respecto a su descrédito por sus impopulares medidas económicas de austeridad y sus respectivos escándalos de corrupción.^[42]

Cuando se exalta el nacionalismo, disminuye su voluntad de entendimiento con el otro, ya que este personifica la supuesta amenaza. Esto se debe a que la estigmatización de un grupo desvirtúa el comportamiento de la comunidad hacia él, ya que la mayoría queda predispuesta contra la minoría. Por ello, el gran peligro de la estigmatización radica en la cosificación de la minoría, que multiplica las posibilidades de elección de esta como chivo expiatorio cuando la masa necesite uno. Este es el paso anterior a la violencia física contra ella, ya que los estereotipos y la *méconnaissance* servirán para llegar al extremo de justificar cualquier comportamiento violento contra el chivo expiatorio como una medida de legítima defensa.

El independentismo en Catalunya se sitúa hoy en un 40,8%, según el Centre d'Estudis d'Opinió de la Generalitat.^[43] El 48 % de los encuestados se siente más identificado con ser «un catalán que vive en Catalunya» (de los cuales una inmensa mayoría es votante de los partidos independentistas JxCat, ERC o CUP), mientras que un 13,5 % afirma ser «un catalán que vive en España» y un 7 % se identifica con ser «un español que vive en España».^[44] La evolución del independentismo en la última década es muy interesante desde el punto de vista girardiano: en 2006, cuando se aprobó mediante referéndum el Estatuto de Autonomía de Catalunya, el nivel de independentismo se situaba en un 14,9 % (julio de 2006, un mes después del citado referéndum). El comienzo de la crisis económica y la sentencia del TC donde declaraba catorce artículos del Estatuto (y, especialmente, la referencia a Catalunya como *nación* en el preámbulo) como inconstitucionales fomentaron un crecimiento del independentismo hasta el 25 % en 2010 y 2011. Sin embargo, el porcentaje de independentistas se disparó desde un 28,2 % hasta un 44,3 % (de octubre de 2011 a octubre de 2012) tras solo un año de gobierno del PP, el partido con mayor discurso nacionalista español y que, además, había presentado el recurso de inconstitucionalidad contra el Estatut.^[45]

La escalada independentista en Catalunya ha tenido respuesta en un crecimiento del nacionalismo español, por no hablar del recelo hacia lo catalán por parte del resto de España.^[46] La preocupación por la independencia de Catalunya se disparó en las encuestas como uno de los problemas que más preocupan a los españoles: del 7,8 % en septiembre de 2017 al 29 % en octubre, situándose así en segundo lugar (tras el desempleo) durante la fase más enconada del *procés*.^[47] Tras la disolución del Parlament mediante la aplicación del artículo 155 por parte del Gobierno en Catalunya (27 de octubre), la falta de apoyo al independentismo por parte de la comunidad internacional (especialmente la UE) y la seria advertencia de las principales empresas catalanas de mover sus sedes fuera de Catalunya,^[48] el nivel de preocupación descendió nuevamente de forma abrupta.^[49]

Mediante estos porcentajes, es posible ver cómo la escalada independentista se ha enconado desde el momento en que tanto en el Gobierno español como en la Generalitat de Catalunya gobernaban dos partidos de corte nacionalista, que coinciden con la descripción girardiana de los *dobles miméticos*. En este contexto, resulta contraproducente que los dos partidos gobernantes alimenten la escalada mimética mediante sus respectivos discursos nacionalistas y su evidente rechazo al diálogo.

La peor consecuencia hasta la fecha han sido los incidentes del referéndum soberanista celebrado en Catalunya el 1 de octubre de 2017, a todas luces ilegal, pero de gran valor estratégico, como bien sabía el presidente de la Generalitat al promoverlo. En este sentido, el uso



ambiguo del lenguaje por parte del independentismo ha quedado en evidencia a la hora de declarar la independencia de Catalunya y ponerla en suspenso al mismo tiempo (10 de octubre de 2017),^[50] así como al esquivar el proceso independentista en su programa electoral de las elecciones del 21 de diciembre.^[51] Por su parte, el Gobierno presidido por Mariano Rajoy quedó en evidencia a escala internacional a la hora de no negociar con Catalunya una alternativa legal al referéndum y limitarse a recurrir al uso de la fuerza para intentar evitarlo.^[52] Tal actuación espoleó al independentismo, que señala la violencia policial de aquella jornada como prueba de que Catalunya, la región más rica y autónoma de España, es un pueblo oprimido.^[53]

4.2. *Afirmación de la identidad: riesgo de violencia*

Los factores de identidad están considerados como los grandes desencadenantes de conflictos armados en el mundo contemporáneo. Sin embargo, la teoría de la rivalidad mimética nos explica que el hinchamiento y choque de identidades es la consecuencia, y no el germen, de una crisis mimética.^[54] Conflictos como los de Sudán, Ruanda o Bosnia-Herzegovina estuvieron marcados por luchas de identidad étnica o religiosa fomentadas mediante estrategias políticas, allá donde varios grupos étnicos previamente habían convivido y se habían interrelacionado durante siglos.^[55]

No obstante, es necesario profundizar sobre esta explicación, ya que, según la teoría de Girard, tanto nuestras sociedades como los Estados limitan la propagación de la violencia.^[56] Es cierto que un conflicto de identidades surge allá donde conviven al menos dos grupos con un largo pasado de convivencia, imitación y formación mutua de estereotipos.^[57] No obstante, es necesario un punto de inflexión, una crisis que ponga en riesgo la supervivencia del grupo, precipite los acontecimientos y torne la rivalidad mimética en violencia.^[58] En la antigua Yugoslavia, la crisis política y económica generada por la caída de la Unión Soviética impulsó los discursos independentistas, lo que supuso el chispazo de la violencia. Toda crisis, por tanto, supone una oportunidad para un discurso político de corte populista o nacionalista, que canaliza el miedo y la inseguridad generada por la crisis hacia el rival, que ya estaba previamente estigmatizado y que ahora se convierte en chivo expiatorio.^[59] Es el remedio inmediato e instintivo del que habla Girard; el responsable único de los males de la comunidad que todos necesitan encontrar para canalizar la violencia y retornar al orden previo al caos.^[60] El chivo expiatorio ejercerá como responsable de la crisis y será escogido de entre los grupos marginales, que son débiles, minoritarios y, sobre todo, ni demasiado extraños ni demasiado poco extraños a la comunidad.^[61] Es por ello por lo que el discurso político nacionalista, ya sea en Catalunya, España o dondequiera, explota en su beneficio los estereotipos que previamente han generado las dos identidades en cuestión entre sí para presentar más fácilmente al *otro* como culpable de la crisis, opresor o *antipatriota*, según convenga.

Cuanto más estereotipada esté la minoría, más fácil resulta para el populista convencer a la masa y canalizar el odio hacia ella. Para conseguir un efecto tan grande, resulta primordial el uso efectivo de una propaganda insistente que explote los estereotipos de esa minoría. Dichos estereotipos contribuyen a interpretar cualquier acción de la identidad rival como un ataque al grupo: pensemos en la sentencia del TC sobre el Estatut, en el referéndum del 1 de octubre de 2017, en los respetivos desprecios a himnos y demás símbolos, en las continuas



referencias del nacionalismo español al riesgo de *romper España* o en la apropiación de la palabra *democracia* por el nacionalismo catalán...

Fomentar la polarización contra *el otro* conlleva el riesgo de cosificar a dicho grupo, lo que facilita que la mayoría se sienta amenazada y pueda acabar recurriendo a la violencia.^[62] Por tanto, el peligro de una situación de hinchamiento de una identidad es que esta, al sentirse atacada, puede responder de forma violenta por medio de los individuos más airados e incontrolables de la comunidad,^[63] ya sea en grupo o en solitario. Es así como una identidad puede llegar a convertirse en identidad asesina (si la violencia es perpetrada por un miembro o miembros de la identidad minoritaria) o predatoria (si la violencia es perpetrada por la mayoría).^[64] Por añadidura, el resto del grupo justifica cualquier acto de violencia contra *el otro*, ya que, según ellos, dicho acto ha sido en legítima defensa, un acto de afirmación de la identidad.^[65]

Del mismo modo, si una identidad perpetra un suceso violento, la identidad opuesta verá confirmadas todas las acusaciones estereotipadas que previamente le atribuía. Dada la tendencia a englobar los actos aislados de un individuo de una comunidad minoritaria como *típicos* de dicha comunidad, los miembros de la identidad mayoritaria tenderán a cerrar filas contra el grupo que los *ataca*. La pelota, por supuesto, seguirá hinchándose, pero en este caso con el añadido de la violencia. Así comienza la paradoja que destaca Girard: «Los actos más perseguidores se hacen en nombre de la lucha contra la persecución».^[66]

A priori, se antoja exagerado e inverosímil afirmar que el conflicto político entre Catalunya y el Gobierno estatal español esté abocado a la violencia, y más tras la falta de apoyo a la independencia catalana en Europa y la moción de censura que ha precipitado el fin de la legislatura de Mariano Rajoy. Aun así, la evidente brecha social que se ha creado sigue fomentando una escalada mimética que, en un momento dado, podría provocar un episodio aislado de violencia por parte de algún exaltado que crea actuar en defensa de su identidad.^[67] Teniendo en cuenta que toda comunidad tiende a producir seres humanos capaces de cometer las peores atrocidades si sienten que su identidad está amenazada (Anders Breivik, por poner un ejemplo), Maa-louf opina que lo importante es impedir que se den las condiciones para que se produzca la violencia.^[68] Resulta primordial no solo dejar de utilizar una propaganda polarizadora, sino contribuir a relajar las tensiones ya creadas entre España y Catalunya.

Para ello, es necesario que quede claro que el primer paso es la voluntad de escuchar al otro. De acuerdo con el razonamiento de Farneti y Oughourlian sobre la solución de un conflicto desde una perspectiva girardiana, esta se debe centrar en conseguir que las dos partes de un conflicto se den cuenta por sí mismas de la naturaleza mimética de su rivalidad.^[69] No puede llegarse a ese momento sin una predisposición inicial al diálogo. Si el nacionalismo necesita del conflicto con *el otro* para hincharse, cualquier acuerdo o gesto de concordia entre ambos rivales ejerce el efecto contrario: ayuda a desinflar el conflicto y, con él, el aparente estado de amenaza. En palabras de Girard, el chivo expiatorio dejará de ser tal en cuanto la comunidad se dé cuenta de que, en efecto, el chivo expiatorio no es más que un chivo expiatorio.^[70]

5. CONCLUSIONES

Según Schmitt, en ocasiones es el soberano quien, a fin de lograr una pacificación interna, toma la iniciativa de designar al enemigo público; la emergencia de este *enemigo* se produce





en circunstancias excepcionales, situaciones *críticas* en las que la propia supervivencia del Estado se halla en riesgo.^[71] Es decir, el poder necesita que miremos hacia el lado opuesto al que deberíamos mirar para encontrar al culpable de una crisis. Como hemos visto, el enemigo público (siempre en minoría) ejercerá, por tanto, de chivo expiatorio y será elegido por motivos más viscerales (la *méconnaissance*) que racionales. Debido al contexto de crisis económica que ha marcado la última década en casi todo el llamado mundo occidental, nos ha tocado vivir una época de auge de extremismos en Occidente (Nigel Farage, Marine Le Pen, Donald Trump, etc.), de aumento del discurso político identitario, en especial del populismo nacionalista,^[72] a pesar de la tendencia globalizadora o cosmopolita, que debería dejar obsoleto al territorio como forma de organización política y social.^[73]

El auge nacionalista en España no es más que un problema político creado por políticos y fomentado por políticos. Sin embargo, la sociedad española lo ha asimilado como propio porque afecta a una de sus identidades más viscerales. No obstante, si esta identidad es visceral es porque la propaganda nacionalista fomenta esa visceralidad. Esto provoca que un problema que debería restringirse al ámbito de la política —es decir, una crisis política que se soluciona buscando a los culpables a nivel político, tanto del Gobierno central como del Govern catalán, y exigiéndoles responsabilidades— se haya extendido al ámbito social.

La crisis económica que ha conllevado un auge occidental de los extremismos supuso también un espaldarazo para el separatismo, que pronto tuvo un punto de inflexión en 2010 con la sentencia derogatoria del Estatut por parte del TC.^[74] No obstante, la llegada al poder de un partido nacionalista (rival mimético del nacionalismo catalán) al Gobierno de Madrid promovió un crecimiento exponencial del independentismo. A partir de entonces, el contagio mimético entre españolistas y catalanistas no ha parado de crecer, alimentado por la estrategia política de los Gobiernos nacionalistas de uno y otro lado,^[75] hasta el extremo de la esperpéntica DUI que jamás tuvo valor legal, pero sí un fundamental valor simbólico. El mimetismo es tal que ambos Gobiernos se han acusado del mismo delito: golpe de Estado.^[76]

Para conseguir disminuir la polarización, es necesario que el Gobierno que asume ahora el mando en Madrid no solo apueste de forma decidida por el entendimiento y el diálogo con el Govern catalán, sino también que evite cualquier tipo de propaganda nacionalista o de crispación contra Catalunya. Es indispensable la misma apuesta de entendimiento por parte del Govern, aunque, dada la estrategia independentista de JxCat, el partido reelegido en las últimas elecciones regionales (diciembre de 2017), es más difícil que el necesario golpe de timón diplomático se produzca desde Catalunya.

Este primer paso hacia el diálogo es el más costoso, ya que es sumamente difícil que un individuo se dé cuenta de que ha caído en la red de la violencia mimética, como hemos mencionado arriba. Según Girard, podemos ver chivos expiatorios por todos lados y denunciar a sus opresores, pero no somos capaces de detectar que estamos implicados en un mecanismo de búsqueda de un cabeza de turco.^[77] Es todavía más difícil si dos Gobiernos (el estatal y el catalán) están explotando este mecanismo con fines electoralistas. Por ello, al analizar el discurso político de los nacionalismos español y catalán debemos tener en cuenta que, si bien la explicación mimética de todo antagonismo histórico-político relativiza el papel de cada una de las partes implicadas en el conflicto, así como los motivos esgrimidos por estas, no por ello deben dejar de ser consideradas responsables de sus actos.^[78]

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Appadurai, A. (2007). *El rechazo de las minorías*. Barcelona, España: Tusquets.
- Brader, T. (2006). *Campaigning for Hearts and Minds. How Emotional Appeals in Ads Work*. Chicago, Estados Unidos: University of Chicago Press.
- Castells, M. (2009). *Comunicación y poder*. Madrid, España: Alianza.
- CEO, Centre d'Estudis d'Opinió (11 mayo 2018). *Barómetro de Opinión Política. 1.ª ola 2018*. Dossier de prensa. Barcelona, España: Centre d'Estudis d'Opinió.
- CIS, Centro de Investigaciones Sociológicas (octubre 2017). *Barómetro de octubre 2017*. Estudio n.º 3191. Madrid, España: Centro de investigaciones Sociológicas.
- CIS, Centro de Investigaciones Sociológicas (diciembre 2017). *Barómetro de diciembre 2017*. Estudio n.º 3199. Madrid, España: Centro de investigaciones Sociológicas.
- CIS, Centro de Investigaciones Sociológicas (abril 2018). *Barómetro de abril 2018*. Estudio n.º 3210. Madrid, España: Centro de investigaciones Sociológicas.
- Delumeau, J. (2002). *El miedo en Occidente*. Madrid, España: Taurus.
- Deutsch, K. (1969). *Nationality and its Alternatives*. New York, Estados Unidos: Knopf.
- Dumouchel, P. (2015). *The Barren Sacrifice. An Essay on Political Violence*. East Lansing, Estados Unidos: Michigan State University Press.
- Farneti, R. (2015). *Mimetic Politics. Dyadic Patterns in Global Politics*. East Lansing, Estados Unidos: Michigan State University Press.
- Girard, R. (1996). *Cuando empiecen a suceder estas cosas... Conversaciones con Michel Treguer*. Madrid, España: Ediciones Encuentro.
- Girard, R. (2002). *El chivo expiatorio*. 2.ª ed. Barcelona, España: Anagrama.
- Girard, R. (2014). *The One by Whom Scandal Comes*. East Lansing, Estados Unidos: Michigan State University Press.
- Girard, R. (2016). *La violencia y lo sagrado*. 6.ª ed. Barcelona, España: Anagrama.
- Grauwe, P. de (2018). «Catalonia and Brexit: The Same Nationalism». En B. de Wever, I. Ferreras y P. van Parijs (Eds.). *Multi-Level Nationalism? The Catalan Question and its Lessons for Belgium and for Europe* (pp. 47-48). Bruselas, Bélgica: Re-Bel Initiative/University Foundation.
- Junts per Catalunya (2017). *Programa electoral. Eleccions al Parlament de Catalunya, 21 de desembre de 2017*. Barcelona, España: Junts per Catalunya. Descargable en <https://juntspercatalunya.cat/programa-electoral/>
- Kingsley, P. y Minder R. (5 octubre 2017). «Catalonia Separatism Revives Spanish Nationalism». *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2017/10/05/world/europe/catalan-independence-referendum.html?smid=tw-share&ref=nyt-es&mcid=nyt-es&subid=article>
- López Facal, J. (2013). *Breve historia cultural de los nacionalismos europeos*. Madrid, España: Catarata.
- Maalouf, A. (2012). *Identidades asesinas*. 5.ª ed. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Oughourlian, J.-M. (2012). *Psychopolitics: Conversations with Trevor Cribben Merrill*. East Lansing, Estados Unidos: Michigan State University Press.
- Scheltiens, V. (2018). «Spanish and Catalan Nationalism and their Relevance for Flanders». En B. de Wever, I. Ferreras y P. van Parijs (Eds.). *Multi-Level Nationalism? The*



Catalan Question and its Lessons for Belgium and for Europe (pp. 33-41). Bruselas, Bélgica: Re-Bel Initiative/University Foundation.

Schmitt, C. (2006). *The Concept of the Political*. Chicago, Estados Unidos: University of Chicago Press.

Storm, E. (2018). «Catalan Nationalism and the Failed Secession from Spain: Historical Background and Consequences for Europe». En B. de Wever, I. Ferreras y P. van Parijs (Eds.), *Multi-Level Nationalism? The Catalan Question and its Lessons for Belgium and for Europe* (pp. 15-26). Bruselas, Bélgica: Re-Bel Initiative/University Foundation.

Torrecilla, E. (2015). *El avance de la ultraderecha en la Unión Europea como consecuencia de la crisis: Una perspectiva del contexto político de Grecia y Francia según la teoría del 'chivo expiatorio'*. Madrid, España: CEU Ediciones.

Vos, L. (2018). «Nations & Nationalism: Concepts». En B. de Wever, I. Ferreras y P. van Parijs (Eds.), *Multi-Level Nationalism? The Catalan Question and its Lessons for Belgium and for Europe* (pp. 7-14). Bruselas, Bélgica: Re-Bel Initiative/University Foundation.

7. NOTAS

[1] Abreviaturas: CiU = Convergència i Unió; CUP = Candidatura d'Unitat Popular; DUI = Declaración Unilateral de Independencia; ERC = Esquerra Republicana de Catalunya; JxCat = Junts per Catalunya; PP = Partido Popular; TC = Tribunal Constitucional; UE = Unión Europea.

[2] Schmitt, 2006, p. 46, citado en Dumouchel (2015), p. 50; ver también Oughourlian (2012), p. 28.

[3] Girard, 2016, pp. 157-158; Farneti (2015), pp. 10-11; Oughourlian (2012), p. 83.

[4] Girard, 2016, p. 157; Farneti, 2015, p. 33; Oughourlian, 2012, p. 84.

[5] Girard, 2016, pp. 91, 287; Girard (2014), p. 50.

[6] Farneti, 2015, pp. 10-13.

[7] Girard, 2002, p. 26.

[8] La producción en masa nos ofrece suficientes reproducciones de los objetos de deseo para satisfacer el contagio mimético, aunque este se centra de repente en un nuevo objeto de deseo, y el cambio se produce cada vez con más rapidez. Girard, 2014, p. 101; ver también Oughourlian, 2012, p. 34.

[9] Esta crisis propicia la escalada de violencia latente que el contagio imitativo ha creado de antemano y que la sociedad ha logrado mantener mediante las instituciones y mecanismos legales que sirven de freno a la propia violencia (ver Girard, 2014, p. 124). Si se pierde la confianza en la protección de las instituciones, la escalada de violencia se desata y el mecanismo del chivo expiatorio se pone en marcha. Esto concuerda con las palabras de Girard (2016, p. 91): «Para que el orden pueda renacer, es preciso que el desorden llegue a su punto máximo; para que los mitos puedan recomponerse, es preciso que estén enteramente descompuestos».

[10] Ver Torrecilla, 2015, pp. 15-19.

[11] Girard (2014, pp. 110-111) indica que la comunidad escoge su chivo expiatorio entre los más débiles del grupo, al igual que hacen los depredadores en el mundo animal a la hora de cazar.

[12] Girard, 2016, pp. 287-289.

[13] Girard, 2016, pp. 90-91, 287-291.



- [14] Girard, 2002, p. 57.
- [15] Girard, 2016, pp. 287-289.
- [16] Lo cual concuerda con la función esencial del político de «designar al enemigo». Oughourlian (2012), p. 26.
- [17] Appadurai, 2007, p. 68.
- [18] Maalouf, 2012, p. 32.
- [19] Ver Torrecilla, 2015, pp. 8-9. La simbología contribuye así a reforzar los conceptos culturales que se consideran autóctonos de dicha nación. Este refuerzo es importante, porque, tal y como destaca Vos (2018, p. 7), «the common culture is the field in which the socialisation and reinterpretation of the national value system by each generation takes place».
- [20] Deutsch, 1969, citado en López Facal, 2013, p. 56.
- [21] Javier López Facal (2013) recoge un gran número de ellas, incluyendo, por supuesto, las leyendas españolas y catalanas.
- [22] «Cada una de mis pertenencias me vincula con muchas personas; y, sin embargo, cuanto más numerosas son las pertenencias que tengo en cuenta, tanto más específica se revela mi identidad». Maalouf, 2012, pp. 26-32.
- [23] Ver Scheltiens, 2018, p. 35; de Grauwe, 2018, p. 47.
- [24] López Facal, 2013, p. 186.
- [25] Storm, 2018, p. 20. Scheltiens (2018, p. 33) afirma que el nacionalismo catalán promueve la idea de superioridad respecto a España, a la que considera atrasada.
- [26] López Facal, 2013, p. 71.
- [27] López Facal, 2013, pp. 69-71.
- [28] Está documentado, por ejemplo, que el símbolo catalanista Rafael Casanova afirmaba luchar por la libertad «de toda España» y contó con el apoyo de regimientos castellanos, valencianos y navarros durante la defensa de Barcelona. López Facal, 2013, p. 72.
- [29] López Facal, 2013, pp. 72-73.
- [30] López Facal, 2013, p. 78.
- [31] Girard, 2014, pp. 18-19. López Facal (2013, p. 200) recoge una frase de George Orwell sobre los nacionalismos en el mismo sentido: «The nationalist not only does not disapprove of atrocities committed by his own side, but he has a remarkable capacity for not even hearing about them».
- [32] Girard, 2014, pp. 18-19.
- [33] Según Scheltiens (2018), p. 33: «Each of these nationalisms strengthens itself and tries to overcome its internal divisions and contradictions by alterity discourses, representing the other as a 'critical' one, menacing directly the own identity and project».
- [34] Ver Farneti, 2015, pp. 38-39 y 124.
- [35] Storm, 2018, p. 20; López Facal, 2013, pp. 148-153.
- [36] El origen de las banderas española y catalana dista de ser sagrado o ancestral. La primera es la evolución de la enseña utilizada por las embarcaciones españolas, y no tuvo carácter de bandera nacional hasta 1785, mientras que la *senyera* era en su origen «la bandera del rey de Aragón y conde de Barcelona, y, por lo tanto, una bandera dinástica, no vinculada a un territorio, que solo posteriormente resultó imaginado». López Facal, 2013, pp. 184-187.
- [37] Scheltiens, 2018, p. 33.





- [38] Como observaba *The New York Times* (Kingsley y Minder, 5 de octubre de 2017); también Scheltiens, 2018, p. 33.
- [39] Maalouf, 2012, p. 23.
- [40] Ver Farneti, 2015, p. 33.
- [41] De este modo, las emociones, sin llegar a sustituir al análisis, activan un grado mayor de comportamiento reflejo en el votante (Castells, 2009, 209-211; Brader, 2006, 185). Castells (2009, pp. 210-211) añade que los sentimientos de los votantes dependen del momento y del lugar en que reciben la propaganda. Por tanto, para que un mensaje de corte simple, que se base en explotar las emociones negativas, cale de alguna manera hace falta un motivo de descontento: qué mejor motivo que la crisis económica de los últimos años. Ver Torrecilla, 2015, pp. 13-15 y Delumeau, 2002, pp. 9-49.
- [42] Storm, 2018, p. 21; Scheltiens, 2018, p. 33.
- [43] CEO, mayo 2018, p. 12. El 22,4 % opina que Catalunya debe ser un Estado dentro de una España federal y únicamente un 24 % prefiere el actual modelo, Catalunya como una comunidad autónoma española.
- [44] CEO, mayo 2018, pp. 9-10.
- [45] Ver historial de estadísticas en CEO, mayo 2018, p. 12. Ver también Storm, 2018, pp. 20-21.
- [46] Kingsley y Minder, 5 octubre 2017.
- [47] CIS, octubre 2017, pp. 3-4.
- [48] Sobre cómo afectó la falta de apoyo de la UE y de las empresas al independentismo, ver Storm, 2018, p. 22; Scheltiens, 2018, pp. 36-38.
- [49] El porcentaje descendió al 16,7 % en diciembre de 2017 y a un 11 % en el último barómetro publicado por el CIS (abril 2018, p. 4).
- [50] Scheltiens, 2018, p. 36.
- [51] El programa electoral de JxCat (2017, pp. 2-3 evita inmiscuirse en el proceso de independencia y obvia la DUI. Sí menciona como objetivos anular la aplicación del artículo 155 de la Constitución, reinstaurar al presidente Carles Puigdemont y las instituciones catalanas y exigir la «revocació de les causes pendents per motius polítics i posar fi a l'estat d'excepció». Es destacable, asimismo, el uso ambiguo y partidista de conceptos como *democracia* y *derecho de autodeterminación*.
- [52] De Grauwe, 2018, p. 47. Hubo observadores internacionales que abogaron por otorgar un carácter legal al referéndum como vía para desatascar el punto muerto al que ambos Gobiernos se habían abocado. Storm, 2018, pp. 23, 25.
- [53] De Grauwe (2018, p. 47), que equipara el independentismo catalán con el *brexit*, califica de *absurda* la imagen de los catalanes como pueblo oprimido, dado el nivel de educación, autonomía y prosperidad económica de Catalunya.
- [54] Ver Farneti, 2015, pp. 40-44.
- [55] El discurso político nacionalista en la antigua Yugoslavia, sirviéndose de una reinención de la historia y de los símbolos culturales, añadió una explicación racional a la violencia étnica que se desató en una sociedad que pocos años atrás vivía con normalidad su carácter multicultural. Farneti, 2015, pp. 42-43.
- [56] Como señala Dumouchel (2015, p. 50), el Estado, que monopoliza toda violencia *legítima*, proporciona a sus miembros una serie de reglas y leyes para que puedan resolver sus diferencias y convivir en paz.
- [57] Como indica Appadurai (2007, pp. 69-70) sobre las identidades predatorias.
- [58] Ver Dumouchel, 2015, p. 50.

[59] En este sentido, es importante señalar cómo la búsqueda del chivo expiatorio ayuda a incrementar en una comunidad las dos emociones que la propaganda política considera fuentes de motivación esenciales, según Castells (2009, pp. 22, 210-211): el entusiasmo y el miedo.

[60] Girard, 2016, p. 91.

[61] Girard, 2016, p. 289.

[62] Sobre la posibilidad de que un mayoritarismo liberal pueda volverse intolerante y *potencialmente genocida*, Appadurai (2007, pp. 77-78) recalca que han de darse los siguientes elementos históricos: «La toma del Estado por partidos u otros grupos políticos cuya apuesta política se halla dirigida hacia algún tipo de ideología nacionalista con componentes racistas; la disponibilidad de herramientas y técnicas censales que estimulen a comunidades contabilizadas a convertirse en la norma ideal de la comunidad misma; el sentimiento de falta de concordancia entre las fronteras políticas y poblaciones de la comunidad [...]; y una campaña exitosa dirigida a difundir un temor en las mayorías numéricas que las convenza de que corren el riesgo de ser destruidas por minorías que saben utilizar la ley (y todo el aparato de la política democrática liberal) para conseguir sus fines particulares».

[63] Maalouf, 2012, p. 41.

[64] Se usan aquí los conceptos utilizados por Maalouf (2012) y Appadurai (2007).

[65] «Cuando sienten que “los otros” constituyen una amenaza para su etnia, su religión o su nación, todo lo que pueden hacer para alejar esa amenaza les parece perfectamente lícito; incluso cuando llegan a la matanza están convencidos de que se trata de una medida necesaria para preservar la vida de los suyos. Y como todos los que los rodean comparten ese convencimiento, los autores de la matanza suelen tener buena conciencia, y se extrañan de que los llamen criminales. No pueden serlo, juran, pues solo tratan de proteger a sus ancianas madres, a sus hermanos y hermanas, a sus hijos». Maalouf, 2012, pp. 41-42.

[66] Girard, 1996, p. 51.

[67] Esto concuerda con el «contexto de diferencias menguantes y de violencia creciente» con que los poetas trágicos abordan la reciprocidad violenta subyacente en el mito (según Girard, 2016, p. 77).

[68] Maalouf, 2012, p. 39.

[69] Farneti, 2015, p. 89; Oughourlian, 2012, pp. 84-85.

[70] «Having a scapegoat is not being aware of having one. Becoming aware that the scapegoat is a scapegoat means losing it for good». Girard, en prólogo a Oughourlian, 2012, p. IX.

[71] Schmitt, 2006, p. 46, citado en Dumouchel, 2015, p. 50.

[72] Storm, 2018, p. 24.

[73] Ver Dumouchel, 2015, pp. 157-158.

[74] Otros estudios no cuentan el inicio de la crisis, sino únicamente la sentencia del TC como desencadenante de los acontecimientos (p. ej., Scheltiens, 2018, p. 36). En nuestra opinión, la sentencia fue más bien un agravante.

[75] Storm, 2018, p. 25.

[76] Esgrimiendo la DUI (Madrid) y la aplicación del artículo 155 de la Constitución (Barcelona). En palabras de Scheltiens (2018, p. 39): «Following the legalistic logics in both camps, each accuses the other of having organized (or at least attempted to organize) a coup d'état».

[77] De ahí que Girard (2014, p. 61) califique el mecanismo de universal como experiencia objetiva, pero excepcional como experiencia subjetiva.

[78] Farneti, 2015, p. 133.

